

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 194.

Alicante 15 de Agosto de 1874.

Año V.

## NECESIDAD DE UNA AUTORIDAD

que separe la verdad del error.—Esta autoridad la tiene la Iglesia.—Y, como cabeza suya, el Romano Pontífice sucesor de San Pedro.—Se responde á una observacion.

POR EL

EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO DE AVILA.

### XI.

Mas ved la consecuencia. Si la mision de la Iglesia es moralizar á los hombres, todas las cuestiones en que la moral se interesa son necesariamente de su dominio. A todas las situaciones de la vida debe una direccion; á todas las dudas, á todas los escrúpulos de las conciencias cristianas debe una respuesta. Los deberes sociales, y los que nacen de las relaciones entre gobiernos y gobiernos, no están fuera de su competencia; como todos los demás, la Iglesia los define, los explica y los comenta. Ella enseña á los fieles de toda edad y de toda condicion lo que la ley divina ordena, lo que ella prohíbe y lo que permite en las diversas ocurrencias que forman el rumbo de la vida humana. Ved, pues, á la Iglesia, sin ensanchar ambiciosamente sus atribuciones, por solo la fuerza de las cosas, colocada sobre el terreno mismo que el

legislador civil; ved como penetra por mil lados en la práctica, y juzga las cuestiones sociales con la autoridad que, para los católicos, es inherente á su augusto carácter.

Porque, como ella habla á nombre del cielo, su palabra no admite por parte fiel ni resistencia, ni incertidumbre; lo que ella aprueba es para aquel la verdad; lo que ella condena es el error, sea cualquiera la voluntad del poder temporal, á quien no ha sido confiado, como al sacerdocio, el depósito de las tradiciones cristianas y el discernimiento del bien y del mal.

Hablando despues el mismo autor del empeño de algunos que quisieran limitar la autoridad de la Iglesia á la enseñanza simple y literal del dogma, y á ciertas «generalidades de la moral» alejándola de todas las cuestiones más prácticas como de negocios de la tierra, añade: «Mas en vano este aislamiento egoista agradaría á la indolencia de las almas vulgares; la naturaleza del hombre y la marcha de los acontecimientos no permiten que dure siempre.»

«No hablo yo de esos tiempos borrascosos, en los cuales la sociedad trémula y desatinada invoca el auxilio del sacerdote y le suplica que se una á ella para disipar el peligro que amenaza á la religion

y al Estado: aun en los días de calma y prosperidad, ¿es acaso conforme á la mision del poder espiritual, que concentrado en si mismo se resigne á la inaccion, al silencio y al olvido? Suponed que se presenta una de estas cuestiones, como frecuentemente ocurre, que son politicas en el sentido de que afectan numerosos intereses, y que no pueden ser resueltas sin el concurso de la autoridad civil, pero que se ligan al mismo tiempo con las bases mismas de la moralidad pública y privada.... la Iglesia, es decir, el Papado que la representa, ¿podrá reservarse? ¿Deberá dejar creer por su silencio, que no tiene dictámen que dar, que la religion, que el cristianismo nada tiene que ver en semejantes materias?»

«Los enemigos de la Santa Sede serian los que lograrían triunfo en esta reserva; no omitirían denunciarla como un reconocimiento, ó confesion humillante, de indiferencia y de imposibilidad.»

Hasta aquí el autor citado, quien en corroboracion de sus ideas aduce el testimonio extraido de la obra titulada *Saint Anselme de Cantorbery*, de Mr. Remusat, á quien, dice, nadie disputará una «alta experiencia y un espíritu eminentemente liberal;» circunstancia que consigamos con solo el objeto de que no pierdan su fuerza para algunos las observaciones hechas, ni se pretenda contestarlas con alguna vaguedad de las que solo pueden hacer algun efecto en quienes tienen en reposo la facultad de racionar.

## XII.

En vista de todo lo expuesto, ¿cómo puede comprenderse que un católico, si ha de conservar este título y la dignidad

á él correspondiente, deje de acatar con profundo rendimiento las decisiones doctrinales de la Santa Sede, de reprobar lo que ella reprueba, proscribir lo que ella proscribiera, condenar lo que ella condena, en una palabra, tener por error contrario á la doctrina revelada lo que ella como tal tiene y manda se tenga?

Comprendemos perfectamente las negaciones y resistencias en este punto de los que están fuera de la Iglesia verdadera, de los que han alterado las nociones exactas de su origen divino, de su constitucion, de su vida íntima, de su modo de ser, y de su objeto final, completo y adecuado. Pero no es fácil calificar la situacion religiosa de los que, teniendo de estas cosas suficiente conocimiento, y sin querer renunciar abiertamente al glorioso dictado de católicos, se creen autorizados para negar su asentimiento á las declaraciones pontificias en materias de doctrina, y pretenden convertirse en maestros del maestro supremo y universal que Dios ha puesto en su Iglesia. Nos, además de encomendar á la Divina misericordia á todos cuantos se hallen en este caso, les rogamos con amoroso encarecimiento que mediten bien á la luz de las verdades que llevamos expuestas lo grave y peligroso, por lo menos, de la situacion en que se halla su alma, y se fijen en lo que aleje todo peligro de eterna condenacion.

Noten bien que los errores que el Papa, como supremo maestro, ha reprobado, proscrito y condenado, los estamos reprobando, proscribiendo y condenando todos los Obispos del orbe católico; y dentro de poco, si no ya al presente, podrá decirse que la Iglesia uni-

versal los reprueba, proscribire y condena. ¿Cómo deberán llamarse los que quieran todavía defenderlos?

Que no haya uno, ni uno solo, que pertenezca á esa clase de hombres á quienes pudiera decirse lo que Elías (1) al pueblo de Israel: *usquequo claudicatis in duas partes? si Dominus est Deus, sequimini eum; si autem Baal, sequimini illum...* ¿hasta cuándo habeis de estar balanceando entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, entre la Iglesia de Jesucristo y *las sinagogas de Satanás*? (2) Si creéis que la Iglesia católica, apostólica, romana, es la verdadera, oídla, obedecedla; si creéis que no lo es, y que hay otra que lo sea, declaraos por ella abiertamente, y sabremos, con amargura, que os habeis apartado de nuestra comunión religiosa, y en vez de prestaros oídos, os consagraremos lágrimas.

No, amados en el Señor, vosotros no habeis de ser así. Por el amor que tenemos á vuestras almas iluminadas con la luz sacrosanta de la fé y redimidas con la sangre adorable de Jesús Dios y hombre verdadero, os rogamos, os conjuramos que no seáis así jamás. Teneis la dicha de ser católicos, apostólicos, romanos; sedlo en *sencillez de corazón y en sinceridad de Dios* (3), sin otros aditamentos que puedan oscurecer la gloria de esos títulos. Sed católicos como lo fueron vuestros padres, como lo son vuestras madres; dóciles, sumisos, obedientes á la voz del Supremo jefe de la Iglesia católica, adictos á su sagrada persona,

que tan entrañablemente ama á la España, respetuosos á su autoridad santa y suprema, y solícitos seguidores de su doctrina, que es la doctrina de la Iglesia, de Jesucristo, de Dios. Permaneced siempre firmes en ella, si quereis preservaros de la inundación de errores en que el abismo enfurecido quisiera sepultaros para haceros eternamente infelices, después de haber hecho la desventura, aun temporal, de la sociedad en que vivís y de la familia con que compartís vuestras penas y solaces.

Desconfiad, desconfiad siempre de las promesas pomposas del error. No, no puede venir por él la felicidad á las naciones ni á los individuos. Esas promesas vienen del padre de la mentira, que, siempre insidioso y fementido, para hacer abrazar el mal promete lo que no puede cumplir, lo que jamás cumpliría aunque pudiese. *Sereis como Dioses*, dijo á nuestros primeros padres; y el resultado fué, que con el tiempo el género humano, rebajado hasta el nivel de las bestias, sirvió como vil y miserable esclavo á su seductor y homicida.

Tambien ahora os prometerá, si desoís y desobedecéis la voz de Dios que os dirige la Iglesia, que sereis ricos, que sereis grandes, que sereis sábios, que sereis reyes; todos, y cada uno, ricos, grandes, sábios, reyes.... ¿No os parece que esto es imposible, que esto es mentira? Pues discurrid así de lo demás. Cuando quiera que se os hagan promesas por seguir el error, por abandonar las tradiciones santas que habeis recibido, por desobedecer á Dios, á la Iglesia, al Pontífice, por no someteros á sus decisiones, desconfiad de semejantes prome-

(1) 3 Reg. 18. v. 21.

(2) Apocalip. 2. v. 9.

(3) Cor. 1. v. 12.

sas, no las creais; miradlas como medios de seduccion que Satanás emplea para haceros sus eternos esclavos. Creed que, no siendo comparable el poder del espíritu del error con el poder de Dios, aun de ventajas materiales, sociales ó individuales convenientes, pueden venirnos mas por la verdad y el amor de Dios, que por el error y el servicio del angel del mal; y os vendrán si así conviene, para gloria del Señor, y vuestra verdadera y definitiva dicha. Aun cuando así no fuera, ¿qué os importaria atesorar todas las riquezas y adquirir todas las grandezas y glorias del mundo, si, alimentándoos del error, os perdiais para toda la eternidad?

---

**Á LA PURÍSIMA MARÍA**  
**EN SU GLORIOSA ASUNCION.**

---

No nos dejes hoy, María,  
A merced del desconsuelo  
Que nos maltrata y nos hiere;  
Mira nuestro amargo duelo;  
Mira el llanto de tus hijos,  
Madre mia.

De su lado no te alejes,  
Porque Tú de gracia llena  
Puedes endulzar piadosa  
Su amargo duelo y su pena;  
Ven á su lado amorosa;  
No los dejes.

Los que son buenos te adoran,  
Y al pié van de tus altares  
Donde te ruegan contritos...

Madre ¡no los desampares!  
No los dejes solos; mira  
Como lloran.

Haz que en orientes serenos  
Mas pura otra aurora brille  
De esperanza y de ventura;  
Haz que el error no mancille  
El corazon de tus hijos  
Que aun son buenos.

Libaron en cáliz de oro  
La ponzoñosa amargura  
Que el error les ofreciera,  
Y ora anhelan tu dulzura,  
Y en ofrenda de cariño  
Dan su lloro.

Donde quiera ven ruinas  
De sus templos profanados,  
Y crapulosos festines;  
Donde quiera ven sus ojos  
A los buenos coronados  
Con espinas.

Sin Ti, nave desvelada  
Cruzará la pátria mia  
Del odioso error los mares,  
Sin ver la estrella del dia,  
Al sepultarse en el fondo  
De la nada;

Y con ansia engañadora  
De la alta ciencia del cielo  
Que solo la fé bendice,  
No verá en su triste duelo  
La limpia luz de esa estrella  
Protectora.

Madre, madre, no te alejes,  
Pues sin Ti siempre perdidos  
Y con llanto vagaremos;

Míranos arrepentidos;  
Madre, no nos abandones;  
No nos dejes.

Por los manes de tus hijos  
Que te dieron prez y gloria  
En la tierra de Pelayo,  
Ténnos siempre en la memoria,  
Y tus ojos en mi pátria  
Siempre fijos;

Y antes de perder su brillo  
Y su gloria verdadera,  
Dé á luz mi pátria adorada  
Un Cervantes, un Herrera,  
Un Calderon, un Velazquez  
Y un Murillo.

Sepulta la odiosa saña  
Del error torpe y liviano  
Que hiere nuestras creencias,  
Y la bendecida mano  
Que nos tiendes cariñosa,  
¡Salve á España!

*Juan B. Pastor Aicart.*

---

## BIBLIOGRAFÍA.

---

La Ermita del Santísimo Sacramento y de Ntra. Sra. del Rosario en la Pedrera, partida rural del municipio de Tibi.

Historia de su origen, fábrica, inauguración y solemnidades religiosas en ella celebradas, por D. Juan Vila y Blanco.

Se publicará semanalmente por entregas de 16 páginas en 4.<sup>o</sup> Con la última se regalará una elegante cubierta para

todo el volúmen, y se distribuirán cuatro láminas equivalentes á 2 entregas. Constará toda la obra de 16.

Precio de cada entrega, *un real*.

Los pedidos se harán á D. Juan Bautista Bañó, Alicante.

Hemos tenido el gusto de ver repartidas ya hasta la entrega once del libro del Sr. Vila y Blanco.

Cuanto teníamos anunciado á nuestros lectores respecto á lo que prometían las primeras páginas de dicha publicación, lo vemos realizado en feliz manera hoy que toca á su término el trabajo literario del Sr. Vila. A la gran copia de datos históricos y notas interesantes, se agregan en el discurso de la narración lucidos episodios; llamándonos la atención sobre todo, las reflexiones del autor ante la época de agitación en que vivimos, emulando á las madres cristianas y á las doncellas hijas de la fé, á imitar los heróicos ejemplos de que abunda la historia del cristianismo, citando con oportunidad una de las mas brillantes y poéticas tradiciones bosquejada por el vizconde de Chateaubriand.

No es fácil adivinar bajo el modesto epigrafe del anuncio, cuánto trabajo y cuánta belleza encierra el mencionado libro; y si á esto se agrega la consideración de que el autor lo escribe en avanzada edad y completamente privado de la vista, sube de mérito el trabajo y merece una nueva consideración.

---

## MOVIMIENTO CATÓLICO.

### ECUADOR.

Con el mayor gusto insertamos la carta siguiente de un Padre misionero de la congregacion del Santísimo Redentor. Es un documento verdaderamente consolador, en el cual se admira de una parte el celo apostólico de los santos religiosos, que en tan apartadas regiones y á costa de sacrificios inmensos predicán el Evangelio y el fruto de sus piadosas tareas; y de otra el ejemplo edificante de unos gobernantes como los de Quito, donde la política es cristiana, y el pueblo por consiguiente feliz. ¡Oh! ¡Si tales ejemplos fuesen imitados en la vieja Europa?

Hé aquí la carta:

#### República del Ecuador.

CUENCA, 17 de Junio de 1874. — Mi muy querido y reverendo Padre: recibí y le agradezco su buena carta del 23 de Abril próximo pasado, y más aún aprecio sus quejas: ellas me prueban que no se olvida de mí, y que ruega á Dios por estos sus hermanos; voy, pues, finalmente, á contestarle y satisfacer su deseo de recibir noticias nuestras; pero valgan primero en su buen juicio algunas excusas que creo necesarias, para que no piense que mi largo silencio sea efecto de olvido ó de desamor para con V. R.

Este reverendo Padre superior por tres veces en diversas épocas me ha dicho: «¿No escribe Vd. al Padre N?» El lo deseaba, pero yo le respondía lo que

respondo cuando se habla de aprender el *Quichua*, ó lengua de estos indios; «Padre mio, ¿acaso puedo hacerlo?» Yo lo he deseado; he escrito al reverendo Padre provincial de Francia, de quien depende esta mision, para que se me permita aprenderlo; S. R. viene en ello; pero cuando llega el caso, no hay posibilidad de dispensarme de las fuertes ocupaciones que pesan sobre mi, y veo que apenas tengo tiempo de encomendarme á Dios en medio de ellas. Si salimos para nuestros trabajos apostólicos por dos ó tres meses seguidos, no puedo respirar; si otros salen y yo quedo en casa, puedo mucho menos. ¿Cómo, pues, dedicarme á otra cosa? ¿Y cuándo tengo un dia tranquilo para escribir una carta larga? Esto, poco más ó menos, respondia yo á mi superior. De todos modos, le aseguro que tenia remordimientos de mi silencio y ya habia determinado escribir á V. R. á mi regreso de la mision de Quito.

Vea ahora la crónica abreviada de nuestros trabajos de este año. Cuando recibí su anterior, me disponia á dar un gran retiro al Clero, como en efecto así lo hice; no sé si antes ó despues di otro á un convento de religiosas; en esto llegó la octava de nuestro Padre San Alfonso, en la cual yo principié mis ejercicios, y á poco de acabarlos se principiaron las misiones. Se han dado trece por los misioneros de esta casa, sin contar la mision de Quito, de que hablaré mas abajo, todas de muchísimo trabajo, desde Setiembre hasta Mayo. Yo no he asistido á todas, pero esto en nada disminuia mi trabajo; pues el que se queda en casa, tiene mas que hacer en ella aún que en

la misiones. Nuestra construcción de la Iglesia y casa á *fundamentis* absorbe la atención de dos Padres; la sacristía la de otro; de suerte que se puede decir, que solo cuatro han tenido que llevar el peso del ministerio apostólico desde que estamos con dichas obras. El que no va á las misiones, tiene el confesonario de todos los que van, que es largo; los sermones del domingo, los enfermos, algunas pláticas á nuestros asociados de la Sagrada Familia, y otras que no pueden rehusarse en la catedral. Vea V. R. si el no ir á las misiones nos proporcionará descanso.

Además de todo esto, en el tiempo que llevo indicado hemos dado dos triduos, dos cursos de ejercicios de ocho días á la misma asociación, una tanda que di á trescientos hombres en el retiro del Corazón de Jesús por ocho días, y á continuación sali para Quito, que dista cien leguas de esta ciudad de Cuenca, pasando la Semana Santa en el camino á la ida, y el día de la Ascension á la vuelta; llegué aquí cuando los Padres daban una misión, y al momento que volvieron de ella, cada uno tuvimos nuestra ocupación de sermones en la octava del Corpus y novena de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, titular de nuestra iglesia. Ayer prediqué mi último sermón, y hoy me preparo á dar dos triduos, que tendrán lugar en este mes; en seguida haré mis ejercicios de 10 días, y terminados estos, esperamos ponernos á aprender seriamente la lengua de los indios. Ya vé, Padre mio, cual es nuestra vida en estas tierras. ¡Oh cuántas veces he deseado hacer un día de retiro fuera del que ordena nuestra Santa Regla, y no me ha sido posible! En todo es-

to no cuento los días que Padres, como el Padre Mina, pasan en el campo, en los montes, cociendo cal, vigilando la obra de los ladrillos, presenciando y dirigiendo el corte de las piedras; cosas todas en este país por demás difícilísimas y molestas.

Pero vengamos ya al carácter físico y moral de nuestras misiones. En cuanto á lo primero, V. R., que conoce un poco las cordilleras de los Andes, puede fácilmente formarse una idea de los trabajos que han de ser inherentes al ministerio apostólico. En los valles, calores tropicales; en las alturas, frios glaciales; en tiempos de lluvias, pantanos horribles; en las subidas, dificultades que los europeos no pueden imaginar; en las bajadas, peligros que no es fácil comprender; aquí resbalones, como si el camino fuera de jabón de piedra; allí peñascos en forma de cuchilla, por cuyo filo deben pasar las bestias entre dos abismos, cuyo fondo apenas se percibe; unas veces ríos impetuosos que á cada paso diezman á los viajeros que bajan al Pacífico envueltos en avenidas de piedras; otras veces toros bravios que causan espanto con solo su bramido, y que en no pocas ocasiones embisten y dan muerte al infeliz que atraviesa inerme, como nosotros, los desiertos.

Vea aquí, Padre mio, lo que de continuo nos cerca en estas misiones. Algunas veces hemos cabalgado quince horas seguidas para llegar á la humilde choza del indio y evitar el frío y la soledad del desierto. Otras veces, como ha sucedido á los Padres de Biobamba, se ha debido ó cabalgar en bueyes, que son ó pisan más seguros, ó quitarse las medias, y

con los zapatos atados á los piés caminar entre cieno siete leguas para evangelizar á los miserables, que en toda su vida jamás vieron en sus valles cubiertos de caña dulce ni un solo Sacerdote. Allí se improvisa un templo en la choza más capaz, donde se da la mision, se celebra, se confiesa y se da la Santa Comunión; templo que por estar levantado sobre unos piés derechos dos metros, para evitar el peligro de las serpientes, es fácil venga á caer con el peso de la gente, como ya sucedió al Padre Griser y Padre Lopez (Luis). Se iba á dar principio á la Misa (la choza contenia 80 personas), cuando hé aqui que una pequeña viga falsea, y todo el edificio vino abajo, envolviendo en sus ruinas á todos los circunstantes. La Virgen Santísima puso entonces su mano, y ni uno solo murió: uno solo recibió una ligera contusion. Yo por mi parte he resbalado con la bestia varias veces, bajando muchos metros rodando con el animal; he caido otras muchas en la tierra y en los rios, é infinitas veces he debido ir largos trechos á pié, por el terror que me causaban los precipicios sobre cuyo borde debia atravesar. Nuestro Padre superior se ha quedado solo en las montañas varias veces en sus viajes pasando la noche al pié de un árbol; y todos, cual más, cual menos, han gustado la miel del sacrificio.

Le recuerdo estas cosas, porque S. R. ha estado por estas tierras, aunque por menos tiempo, para darle algun consuelo, que consuelo es para un religioso saber que sus hermanos, aunque alguno de mala ley, como soy yo, y aunque no sea sino por obediencia (que en los de-

mas Padres no és solo por esto, que tambien los lleva el amor y el celo de las almas) no están ociosos. Por lo demas, yo puedo asegurarle, que estos sacrificios, que ya no califico de grandes, porque nos vamos acostumbrando, están sobradamente compensados con el fruto de las misiones. Este hace olvidar luego todo trabajo, toda pena.

En efecto, los pueblos reciben la mision como una embajada de la gloria. Su ignorancia es estremada; de modo que al oir las verdades eternas y la explicacion de la doctrina, les parece cosa nueva y nunca oida. Si tuviera esta gente la imaginacion de los andaluces, las misiones serian tan estrepitosas como las de allá; sin embargo, se confiesan, y á pesar de la profunda y horrible corrupcion del corazon, como la inteligencia no está dañada con ninguna doctrina opuesta á la fe, ni se blasfema, ni se tiene idea de lo que sea ódio á la verdad, pues aun los mas protervos y que jamas se confesaron, creen que sin confesarse no pueden salvarse, y esperan hacerlo algun dia, perseveran tal cual, y reforman sus costumbres, dejan sus escándalos, y en fin, dan gloria á Dios empezando á pensar en su alma, por lo comun olvidada, como si fuera el alma de una bestia. Esta perseverancia se observa de un modo muy notable en los indios. Los indios, subyugados y maltratados por los blancos, jamás conciben un pensamiento de soberbia; se creen los seres mas miserables; son naturalmente humildes, aunque no por verdadera piedad. Cuando ven la amabilidad de los misioneros, y que se les trata con dulzura, vienen al confesonario con una ánsia difícil de des-

cribir. Los que no saben hablar el castellano, se levantan tristes y llenos de desolacion cuando oyen que el confesor misionero les dice: «Hijo mio, *mana entendimichi quichua*, no entiendo el quichuá,» que es su lengua. Pero si saben un poco castellano, y pueden arrojar la carga de sacrilegios que los oprime, su alegria llega á su colmo, y no cesan de repetir: «Taita Padre y señor mio, Dios se lo pague.» Estos indios, pues, que pecan harto hasta cierta edad, una vez que se casan, son los hombres mas fieles á sus esposas, porque se creen los mas felices del mundo: si en este estado logran confesarse con un Sacerdote que les inspire confianza, pasan su vida sin volver á cometer ningun pecado mortal.

Hé aquí una historia que tuvo lugar en una de nuestras renovaciones, y que es un caso análogo al que se refiere en el *Camino recto*, y en otros libros espirituales. Vino un indio á confesarse conmigo: yo le pregunté: ¿Te confiesas? Si; me confesé contigo (ellos no conocen el usted; aun al Obispo le hablan de *tú*), el año pasado en la mision. «Ea, pues, hijo mio, dime los pecados que en este año hiciste.» «¿Qué pecados?» me responde.— «Las culpas en que hayas vuelto á caer.»— ¡Ah! Taita Padre, ya no he vuelto á pecar.»— «¿Cómo es posible, hijo mio, que en un año no hayas vuelto á pecar?» Yo temí que me ocultaba sus faltas por temor ó vergüenza, y me esforcé en probarle la dificultad de vivir sin pecado, y le animaba á no tener temor de mí, que estaba pronto á abrazarle como la primera vez; pero el indio, con un candor infantil, me dice: «Pero Taita, Padre mio, ¿no te acuerdas que

tu mismo me diste el año pasado al Altísimo Señor Sacramentado? ¿Cómo quieres que haya vuelto á pecar, habiendo recibido al Dios de la Magestad? Yo le abracé, diciéndole: «Tienes razon, hijo mio; quien á este Dios de amor recibe, no debiera pecar nunca jamás.» Ellos tienen esta idea, y es la razon mas poderosa de su perseverancia. El continuó: «Es verdad que un dia monté en mi bestia para ir á una fiesta; pero al echar á andar, la bestia me derribó, y mi mujercita me dijo: «Bien hecho te está: ¿no le prometiste al Taita Padre, que no habias de volver á las fiestas?» Con esto me acordé de la promesa que te hice de no volver á embriagarme, y me volví á mi casa.» ¡Vea V. R., Padre mio, lo que son los indios en su generalidad! ¡Oh, si pudiéramos predicarles y confesarles en su lengua! Ruegue á Dios por nosotros, para que nos ayude á aprenderla pronto. En el mes de Julio, si Dios quiere, vamos á comenzar nuestro estudio difícil.

Para terminar, voy á darle una breve noticia de nuestra mision de Quito, que principió la Dominica *in Albis*, y la dimos los Padres Bivona, Rodrigo, Lopez y yo. Despues de esto responderé á todos los pormenores de su carta.

Hoy, dia 18. Continúo mi narracion, que ayer suspendi. Esta mision fué notable. Ya saben como Quito es la capital del Ecuador. Tiene 80,000 almas; pero apenas cumplirían con la Iglesia 1,500. Nuestra mision fué recibida con entusiasmo. El presidente de la República, señor Garcia Moreno, hombre digno de empuñar el cetro de un grande imperio, fué el primero en dar ejemplo, concurriendo con la córte y los empleados cuasi

siempre una hora antes de principiar los ejercicios. El Arzobispo de Nieca, delegado de Su Santidad, y el Arzobispo de Quito presidieron todas las tardes. El pueblo se agrupó en tanto número, que al tercer día me vi precisado á dividir la mision, enviando á la grande iglesia de San Francisco á los Padres Bivona y Rodrigo, quedándonos nosotros en la catedral. El tiempo estaba lluvioso en demasia; pero nadie temió á las aguas, á pesar de ser un elemento terrible para esta gente. Se confesaron 6.000 personas; y fue tanto el entusiasmo y fervor, que el presidente me aseguró un día, que jamás la ciudad de Quito habia presenciado un espectáculo religioso tan imponente. Las dos comuniones generales de mujeres y hombres se hicieron con sumo orden. El delegado quedó admirado, porque no habia visto nunca una Comunion tan numerosa ni con tanto orden. Él la repartió á las mujeres. En la Comunion de los hombres, el presidente lloraba como un niño, por el excesivo consuelo que sentia al ver á su pueblo acercarse á la Sagrada Mesa de un modo que nunca habia presenciado. Los actos de *desagravios* y de *consagracion* á Maria Santisima fueron imponentisimos y sobremanera tiernos.

El Padre Lopez habia enseñado al pueblo varios cánticos de mision muy bellos; el *Tantum ergo* y un *Magnificat* solemnissimos. El pueblo cantó en estas ocasiones (á pesar que aqui nunca se acostumbró tal cosa) como en cualquiera ciudad de Francia ó Italia, con tanta piedad y animacion, que hasta los corazones más duros estaban profundamente conmovidos. Pero entre todas las cere-

monias, fué espléndida y grandiosa la procesion de la Cruz. Yo habia anunciado que se haria el último día, pero á condicion de que los primeros personajes de la República dieran gloria á Jesucristo llevando cada uno de ellos sobre sus espaldas el Leño Santo. Llegó el día señalado; la Cruz estaba construida; su valor no bajaba de 180 duros. Las andas estaban preparadas y brillantemente adornadas por las primeras señoras de Quito. El templo catedral tan atestado de gente, que apenas se podia respirar.

El presidente tambien estaba con la corte vestida de gala. Me dijo que al salir de su casa habia hecho propósito de no llevar la Cruz, por no dar ocasion á sus enemigos para calumniarle: sin embargo, cuando el predicador, despues de haber predicado el sermón, llegó á exhortar á los señores á honrar sus hombros, recibiendo en ellos y llevando por las calles el Signo de la Redencion del mundo, y les recordó que Heracio, emperador, no solo no se avergonzó, sino que se estimó indigno de llevar la Cruz de Cristo; al oír esto el presidente, se olvidó de su propósito, dejó el bastón y bajó á tomar las andas el primero; detrás de él, como era natural, bajaron los ministros y magistrados de la República, y fué cosa digna de ver cómo se disputaban el honor de imitar á Jesucristo en su camino al Calvario.

La procesion (que duró hora y media) comenzó. Los balcones de las calles que debian recorrerse estaban adornados como en la fiesta más solemne. La concurrencia era como de 20,000 personas, que marchaban en dos filas con el mayor orden ó quedaban en el fondo cer-

rando la procesion. Los niños, en número de sesenta cantores, acompañados de una banda de música del ejército, dirigidos por el Padre Lopez, precedían entonando himnos á la Santa Cruz. Seguían como 300 señoras en dos filas con velas encendidas; inmediatamente el colegio ó seminario con sobre pellices, y el Cabildo catedral rodeando la Cruz; presidían el Arzobispo y delegado; 300 jóvenes doncellas del pueblo humilde, pero vestidas de gala, seguían á dichos señores llevando sus respectivas velas, y cuidando no desordenar sus filas; á estas las presidían como 400 señoras vestidas de negro, que alumbraban á Nuestra Señora de los Dolores, que cerraba la procesion. Detrás de la imagen de la Santísima Virgen venía un pueblo inmenso, y este estaba como guardado por un batallón de infantería que marchaba al son de repetidas marchas ejecutadas por su banda de música. El acto fué solemnisimo, y allí nunca visto. Todo se hizo con el mayor orden. La policia repartida en medio de las calles, no permitia que ni uno solo las cruzara, de modo que parecia un cuadro de relieve donde los personajes no cambian nunca de lugar. El presidente salió con la Cruz del templo, y con ella volvió. No la dejó á pesar de haber sufrido tanto, que casi se le rompió la clavícula. Me falta tiempo para decir mucho más.

Ya vé, V. R., Padre mio, como cuando me pongo á escribir soy largo. V. R. siempre es corto; como no tenga que regañarme por mi silencio, nunca pasa de una hojita ó tres caritas, sin embargo de que sus ocupaciones no son tan tirantes; las noticias que V. R. sabe deseamos te-

ner de Europa, tan importantes, y los acontecimientos notables tan repetidos y numerosos. A la verdad, mi querido Padre, cuando recibimos sus cartas parece que nada pasa en Europa. Si nos vuelve á escribir, díganos algo más. Todos se lo agradeceremos mucho.

Vuestra Reverencia encomiende á Jesús y Maria á su afectisimo hermano y amigo en Jesucristo.

PEDRO LOPEZ, C. S. S. R.

---

## VARIEDADES.

---

### LA MANO DE UNA MADRE.

(Poesia americana).

¿Por qué mirais con sorpresa mis canas, niños de negros y rubios cabellos? También se tornarán blancos los vuestros bajo el peso de los cuidados y los años.

En otro tiempo fui joven cual vosotros tuve una madre que velaba en torno de mi lecho; cuyos labios enjugaban el llanto de mis mejillas, y cuya boca me enseña á balbucear las primeras palabras.

Y al tender su manto la noche me hacia arrodillar á su lado; y poniendo sobre mi cabeza su mano, de rodillas también oraba por mi.

Y mientras posaba su mano sobre mi frente veía yo los Angeles con sus alas de luz; y me sentia transportado á la radiante mansion de que habia descendido.

Más llegó un lúgubre dia, un dia terrible en que me arrancaron de su lado, en que no me permitieron volverla á ver; un dia ¡ay! en que murió.

Me lo dijeron sin yo comprenderlo; cogí una rosa blanca, y silenciosamente me deslicé en su aposento. Ella dormía, pero con un sueño extraño, y por la vez primera su voz querida no contestó á la mía.

Aquella noche me arrodillé tristemente, y oré. Su mano no reposaba en mi frente, y á pesar de eso la sentía aun; pero en vez del rostro placentero de los Angeles solo veía la marchita y pálida tez de mi madre.

Volaron con rapidez los años sobre mi frente, y yo crecí en una salvaje y caprichosa independendencia; despues se desencadenaron sobre mi las pasiones, y fui abatido por el huracan. Pero en medio de la calma de la noche, sentia descender á mi la benéfica mano de mi madre, y yo lloraba.

Con la juventud vinieron los atractivos y escollos del placer; pero lanzado al borde del abismo, su mano me detenía.

Como anteriormente, me parecia que entrelazaba mi cabellera, y con baja y lejana voz me decia. ¡Hijo mio, mi querido hijo! ¡guárdate no peques contra Dios y tu madre!

El tiempo ha debilitado mi memoria, ofuscado mi vista y embotado mis sentidos; pero el contacto sagrado de esa mano permanece como en mis primeros dias, y bajo el hielo de los años siento sobre mis blancos cabellos una mano bendita.

Y cuando al cruzar el sombrío pasaje de la tumba entrevea el cielo, la mano que me salvó, la mano de mi madre, me guiará hácia ella para presentarme ante Dios.—(Revista Popular)

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve menos cuarto. En Santa María misa mayor á las ocho y media, y por la tarde, á las cinco, continúa la novena de la Asuncion, siendo orador D. Antonio Llofrin, sacristan mayor de la misma iglesia. En los dias siguientes predicarán D. Andrés Oliver, teniente cura de la Colegial; D. José Carratalá, id.; D. Antonio Ibañez, presbítero; D. Vicente Moreli, teniente cura de la Colegial, y D. Juan Chaumel, catedrático del Seminario de Murcia.

Martes.—En las Agustinas misa de renovacion á las siete y cuarto.

Miércoles.—En las Agustinas á las cinco de la tarde el diez y nueve de San José con sermon que dirá D. Rafael Amat, presbítero.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovacion á las seis y media y por la tarde á las cuatro el trisagio.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las siete y media. En Santa María predicará en la novena el referido D. Juan Chaumel, y luego será la procesion.

---

### ADVERTENCIA.

---

*En vista de la lentitud con que se vá verificando la renovacion de las suscripciones que terminaron en Diciembre último, y siendo urgentísimos los pagos que debemos verificar para el sostenimiento del periódico, suplicamos á los señores suscritores que se hallen en descubierto, tengan la bondad de hacer el pago ó renovacion lo mas pronto posible, sino quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.*

*Rogamos, pues, á los que siguen recibiendo el periódico y no han abonado nada á esta Administracion desde el año 1872, se sirvan cubrir su suscripcion ó devolver el periódico para no considerarles ya como suscritores, y de este modo evitar mas gastos á la misma.*